

Hoy, Gesto por la Paz

Nada, silencio y futuro son tres palabras que, en cuanto se pronuncian, se transforman en lo contrario de aquello que denominan. Decirlas es suficiente para convertir su significado en algo, en voz y en presente. Pues bien, la manifestación que protagonizará esta misma tarde Gesto por la Paz en Bilbao goza de esa cualidad por la que nada se transforma en algo, el silencio se llena de voz y el futuro se vive con la misma intensidad que si fuera presente. El poema 'Las tres palabras más extrañas' es de la poeta polaca Wislawa Szymborska y, como todo lo universal, puede llegar a definir incluso lo que no conoce: "Cuando pronuncio la palabra Futuro, / la primera sílaba pertenece ya al pasado. / Cuando pronuncio la palabra Silencio, / lo destruyo. / Cuando pronuncio la palabra Nada, / creo algo que no cabe en ninguna no-existencia".

Nada era, más o menos, lo que se encontró Gesto por la Paz, ahora hace más de veinte años, en el panorama de la movilización ciudadana contra la violencia originada en el País Vasco y Navarra. Había manifestaciones y actos puntuales de repulsa que, generalmente, obedecían a momentos de especial emotividad y casi siempre convocados por partidos políticos o instituciones, pero no había una respuesta sistemática y coherente surgida del propio corazón de la ciudadanía. Gesto llenó ese vacío con un estilo de movilización basado en la responsabilidad personal para intervenir, de alguna manera, en el espacio humano y prepolítico, aquel donde todos debemos tener cabida para dirimir las legítimas diferencias de nuestros proyectos.

Con el paso del tiempo, de aquella nada hemos transitado al todo. Prueba de ello es que este año Gesto ha tenido dificultades en encontrar fecha 'libre' para celebrar la manifestación que lleva organizando veinte años en torno al aniversario de la muerte de Gandhi. No es que ser los primeros otorgue más legitimidad ni más derecho. Simplemente, lo que ocurre es que, ahora, todos convocan todo con un sentido bastante parecido al que define Szymborska en otro poema. "Todo: / palabra impertinente y henchida de orgullo. / Habría que escribirla entre comillas. / Aparenta que nada se le escapa, / que reúne, abraza, recoge y tiene. / Y en lugar de eso, / no es más que un jirón de caos".

Ese caos está, además, lleno de ruido. El silencio que escogió Gesto por la Paz como forma de expresión constituye toda una voz propia. Una voz que incluye y propicia el encuentro de quienes no quieren añadir ningún aditivo de su propio proyecto político a la reivindicación de la paz y de la libertad. La defensa de los derechos humanos y de un sistema de convivencia democrático no se puede convertir en patrimonio exclusivo de nadie, puesto que ese es el espacio común donde todos queremos desarrollar nuestra existencia. Las consignas, banderas y pancartas que exceden ese mínimo común no hacen más que añadir desconcierto y zozobra a una ciudadanía que, por desgracia, está empezando a olvidar lo que es la unidad democrática frente al terrorismo.

El silencio es también la seña de identidad de los 'gestos'. Si pudiéramos reunir todo el dolor y los pensamientos que miles de personas hemos sentido en las concentraciones silenciosas por las víctimas de todos estos años, tendríamos ya una extensa memoria de la solidaridad, del sufrimiento y de la tragedia que nos está haciendo padecer el ejercicio violento de una minoría de nuestra sociedad. Los últimos en incorporarse a esta memoria, Carlos Alonso Palate y Diego Armando Estacio, representan, además, otro verdadero reto que tiene ante sí la humanidad: la inmigración. Buscar un futuro mejor les costó la vida en un conflicto lejano, ajeno y que, comparado con su lugar de origen, se desarrolla en una sociedad obscenamente opulenta. Su asesinato revela, una vez más, la única y auténtica cualidad de la violencia: generar dolor y tristeza para compensar la impotencia de su proyecto y su falta de lucidez a la hora de aceptar la inapelable pluralidad de la sociedad vasca.

Por otra parte, Gesto por la Paz interviene en el presente de una manera que nadie se atrevería hasta el futuro. Su infinita solidaridad con las víctimas y su profundo compromiso con la consecución de una convivencia pacífica no le ha impedido defender también los derechos de aquellos que más daño nos infligen. Quienes ejercen la violencia deshumanizan a sus víctimas, las despojan de su dignidad de personas para convertirlas en conceptos (txakurras, terroristas de la pluma...) que deben ser eliminados para que no interfieran en su idea de país. Ante las atrocidades que produce esa deshumanización, es fácil caer en la tentación de deshumanizar a los asesinos (alimañas, la bestia...) y crear una fisura que nos separe, irremediadamente,

en nuestra cualidad de humanos. Para tratar de evitarlo, Gesto se ha anticipado al futuro trabajando desde el presente y evitando cualquier impulso hacia esa deshumanización que tan fácilmente inocular la violencia. Pero, desgraciadamente, parece que la fisura amenaza con multiplicarse y ya no sólo separa a quienes ejercen y apoyan la violencia del resto, sino que, incomprensiblemente, empiezan a proliferar adjetivos deshumanizadores e insultos entre colectivos que, en principio, comparten los mismos fines.

Por todo eso, ante los particularismos que se creen el todo, ante las consignas gritadas como si fueran piedras y ante la vivencia de un presente con muchos elementos del peor pasado, yo me quedo con la convocatoria de Gesto por la Paz. Voy a recorrer 800 kilómetros sólo por estar en su manifestación de Bilbao. Quiero reencontrarme con los hombres y mujeres, jóvenes y mayores, sólo vascos, más vascos que españoles, más españoles que vascos y sólo españoles... que, desde hace veinte años, se dan cita para crear la grata metáfora de lo que será nuestra sociedad cuando, por fin, podamos ejercer nuestro derecho a la paz y libertad.

Ana Rosa Gómez Moral